

Luis Barjau

Cuaderno originario

I

El mar, el viejo mar que ondea retirándose.
El desencanto.
La sed.
El mar. . .
Se retiran las cosas.
Y con ellas los sucesos de amor se desvanecen
como arrastran las telas vacías
cuando un teatro se apaga.
Un vocerío parte.
Se hielan las palabras en sus puestos de
responsabilidad.
Las consignas que no recuerdo:
cruzar ciertas palabras,
dar la mano precisamente a alguien
entre la multitud apasionada,
abonar tal especie de flor. . . .
La lejanía se abre.
Hacia el fondo se agudiza una imagen
cuyo nombre no vuelve.

II

En un claro de bosque agonizan las brasas
de una hoguera.
Los frutos cuelgan su madurez.
Parece que viene el viento
de una inexcrutable indiferencia
enquistada en el tiempo.
Las bestias trajinan su martirio de sucesión.
Una hoja abandona su forma
a la rojiza orgía que hormiguea.

III

Se entrecierra la tarde, rueda
ciclópea, intraducible, melancólica.
Pero el grito no se desencadena.
Vago, el ser superior se tambalea
y sus hombros deambulan,
se aturde la cabeza colosal
bajo la ebriedad de la razón.

IV

Abrir todos los valles:
desgastar todo punto que vicie
las cimas,
su verde deserción
allá en la nada.
Media circunferencia azul aísle el cielo.
Los mares vuelvan a las rocas, vuelvan,
una reventazón que se deslía,
blanquizca furia efímera.
El asediado paso se detenga
frente a una aspiración que cosifique
las prístinas roturas por montaña.

V

Un día será un tigre
este listado cuerpo reptando entre las ramas.
Un perro este mecanismo de dientes.
Migajas de color tomarán vuelo
y ya en la cumbre congregarán un pájaro;
escindirá
la luz mirada
doblada proyección:
irá a dar a lo lejos
con una mariposa,
una flor, polen, tierra,
tierra.

VI

Una tarde declinaba la quemazón de los
cielos.
Terribles reinos de la luz
morían sin que la luz muriese:
dos cuepos diferentes callando se acercaban.
Temor de espejo, respiración de miedo:
el germen de la vida se toca con el germen
bajo el sueño de las sombras.
Se aleja un ser
y entre las piernas de la hembra queda
una furia de savias y de espumas
y en las miradas un dulce horror
de violencias y epilepsia.

VII

No desear el final de esta obscurana.
 Estar girando, cósmico, sin destino,
 grisáceos hombres yendo
 como en un migratorio letargo estratosférico,
 cero cuestión,
 algún vaivén.
 Y allá en el maldito mundo exterior
 tanta ansiedad se agolpa en las ventanas.
 Alguno de ellos vendrá a incrustarse
 a nuestra cara.

VIII

Aquí el paréntesis.
 La vegetal inercia.
 Aquí el tiempo que asoma su rabia facial:
 un vacilar de manos y jadeos,
 una tropa de manos torpes contra gargantas.
 Partir. Partir. Partir. Abandonar
 entre los tibios sueros
 el cósmico local,
 invertir la razón de ser nostálgicos.

IX

Se hace trizas la luz contra los ojos,
 ciego el estrépito hace volar sus láminas:
 chillan contra la vida los sentidos inéditos
 y entre la maquinaria y la aspereza
 desfila el grito.

X

Llegar, quedar de pie
 y en la mirada
 nada, ni una sombra turbe
 la llamada ulterior
 que hagan los huesos:
 estar alerta, tristemente alerta,
 fijar la mano contra la balastrada,
 de espaldas,
 de perfil,
 la mano temeraria y temerosa;
 pero todo el vigor,
 toda potencia corporal
 mirando cómo derrumba su cascada
 verde el vegetal.
 Quizás acuosos amarillos y rosas
 vibren
 desde los ojos;
 ya no girar la cabeza, no
 el cuello de virilidad pleno.
 Atrás, yendo de los cabellos,
 el hilo de metal de la tristeza.

Roma, mayo de 1977.